

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

Por FEDERICO VILLOCH

«ESQUINAS DE LA HABANA»

marzo 31/46 IV

Zuleta y Animas

buen humor, hasta en la hora de su muerte se despidió Morales de sus amigos, diciéndoles:

—Y ahora... quiquiribú mandinga.

En los portales de la planta baja que daban para la calle de las Animas, se formaban por las tardes gratas reuniones, entre los vecinos e inquilinos de la casa, reinando en ellas la más franca y alegre camaradería. Allí nació y se organizó aquella gran compañía infantil cubana que, bajo la dirección de Ramón Morales, recorrió los teatros de la Isla de triunfo en triunfo, cantando «Marina», «La Mascota», «La Gran Vía», «Chateau Margau», «Niña Pancha» y demás obras de éxito de aquella época. De aquella compañía infantil quedaron los artistas que figuraron después en los carteles habaneros: Gustavo Robreño, Manolo la Presa, Pilar Jiménez, Carmita Ruiz, Blanquita Vázquez y otros.

Otros inquilinos de la casa eran los actores y autores Gustavo y Panchito Robreño; el atildado cronista de salones, Héctor de Saavedra (*Fleur de Chic*) el apuntador teatral, Ignacio Riquelme.

Riquelme fué el cuidadoso apuntador, en la antigua Alhambra y en los comienzos del teatro Lira, de nuestras primeras obras teatrales. El autor tiene que entregarse en brazos del apuntador, confiando en su lealtad e inteligencia. De aquella estirpe recordamos, modelos de su profesión, a Mendez; a Castell, el padre de Antonio, también este buen apuntador y amabilísimo creador de *Chicharito* y *Sopeira*, un viejecito aquel instruido y cortes en grado sumo, copista de partituras musicales y libretos muy buscado por su clara y excelente letra inglesa; a Guerrerito, a Teófilo Hernández, que después fue autor muy fecundo en el «Actualidades», de Orocco; y actor muy querido y aplaudido del público en la «Comedia»; a Lino Lozano y a Manuel Vázquez, padre de las excelentes artistas de la radio Eva y Cuca; algunos de ellos también fueron inquilinos de la Esquina del Fraile. Alguna vez pasó por allí el alegre bohemio Manolo Saladrigas, autor del sainete «A Guanabacoa es Bella», estrenado en el teatro Lira el año 1898. En habitaciones de la planta alta vivieron largo tiempo el popularísimo actor Regino López, con su compañera de entonces, Carmita Beltrán; y el inspirado y du-

LA ESQUINA DEL FRAILE

ce poeta gallego, autor de *Una Noche en la era do trigo*, tierna y linda balada que inmortalizó el maestro Chané con su inspirada música, y redactor del DIARIO DE LA MARIANA, don Manuel Curros Enríquez, que redactaba en el decano la sección titulada «La Prensa», leída por todos con el mayor agrado, por su corrección y amenidad: Don Nicolás Rivero, el director; no obstante el Curros sincero republicano, le profesaba el más profundo afecto. También fué inquilino de la «Esquina del Fraile» el doctor Manuel María Coronado, en su época de conspirador y cuando aun no era dueño y director de «La Discusión»; también, Federico Centellas, el famoso tirador y notable esgrimista; y al lado de su habitación vivía aquel joven bombero del comercio, alegría de la Acera, corneta, llamado Ricardo Ponce, que apenas se daba una señal de fuego salía a la calle con su instrumento y aiborotaba a todo el barrio con sus frenéticas llamadas. Uno de los fugos de importancia de aquella época fué el almacén de madera de Tellería, allí en frente por Prado.

Uno de los inquilinos más antiguos de la casa era Don Venancio Aldama, caballero de ilustre prosapia; pero de precaria bolsa, que en ocasiones debía hasta cuatro y cinco meses de alquiler al encargado de la casa Don José Ortega, conocido por «El Montañés» quien procuraba no enfrentarse con Don Venancio, no creyera éste que le perseguía con su presencia, sabiendo que, pasada la racha, aquél al fin saldaba caballerosamente su deuda. El joven, aficionado cantante, llamémosle Mazorra, de distinguida familia cubana, que rara vez venía de la calle sin cantar con su buena voz de barítono la romanza de «Mentófeles» *Tú que fai la tormentada*, etc. lo que le dió a los hermanitos Robreño la idea de escribir su graciosísimo y popular samete *Tin Tin*, estrenado en Alhambra sobre el año 1900 y pico. Allí vivió Pancho Valdés Ramírez, el viejo bufo cubano, autor de la guaracha «El Negro Bueno», que se cantaba en el desaparecido teatro de Villanueva, la noche del 30 de enero de 1870, en que fue tiroteado por los voluntarios. El agente de negocios, Pancho Media villa, que estableció un club en la azotea de la casa, donde obsequiaba por las tardes a sus convecinos con rico café carretero; y que todas las noches iba a echar su sueñecito en

una luneta del teatro Alhambra. Pepe Martínez Oliva, Mariano Arrufat, el popular y aplaudido guarachero Adolfo Colombo; Paco Romero, que se batió a sablazos con Vicente García y resultó herido grave en la mano derecha; y después de la guerra del 95, allí «acamparon» los libertadores Ricardo Grás; Pepe de Cárdenas; Pepe Hembra; el doctor Sueyra Miralles y otros. La Esquina del Fraile era una casa diáfana, alegre, atrayente, donde jamás se dió un escándalo, donde no ocurrió nunca un suceso de cuarenta de policía; en el barrio se le llamaba: **la casa de los cubanos.**

Cada día van quedando en La Habana menos casas de huéspedes al estilo de la Esquina del Fraile y de la de Romagosa en Compostela; la de doña Paca, en Obispo y Aguacate; la de Lola Vincen, en Consulado; la de doña Altagracia, en la Plaza de San Juan de Dios, donde vivió Casal. Todas han ido cayendo para cederle su lugar a casas de apartamentos de cinco y seis pisos, donde los inquilinos pierden su nombre propio para convertirse en un número. Pero ya lo dijo el clásico: «Nadie en lo eterno de la dicha fié»; y también lo asevera el vulgo cuando dice que «las cosas son hasta un día»; ese día fué cuando in auto del Juzgado cursados los trámites legales y cuando los propietarios eran dueños de sus casas, ordenó el desalojo de la sala, planta baja de la «Esquina del Fraile», y empezaron a ocuparla mostradores, banquetas, anaqueles, neveras, etc., de una barra que se llamaba «Sloppy-Joe»; y la antigua casa de huéspedes cambió de aspecto; y seguía avanzaba la barra con sus cajas de whisky, de canecas de ginebra y de botellas de champagne y de bebidas de todas clases, los obedientes y sumisos inquilinos iban abandonando sus viejas y cómodas viviendas, y cediéndole el paso al mostrador y demás trastos que amenazaban ocupar la casa toda por entero. Un solo inquilino le hizo frente a la avalancha; siempre hay un héroe. El más apacible de todos, Ignacio Riquelme, viejo inquilino que allí había vivido durante sesenta años, presentó el pecho a las balas alcohólicas; y fué retrocediendo, habitación por habitación, hasta quedarse firme e invencible en la última y más humilde de la casa, situada en la azotea. Y allí, en el zaguán de entrada, se le ve sentado en su butacón de viejo octogenario, sonriente, soñador, símbolo e imagen viviente de aquella casa conocida de toda La Habana y ue tan amena y pintoresca historia, que se llamó, y se llamará aún por mucho tiempo: **La Esquina del Fraile.**